



Roma, 2 de octubre del 2.021

Discurso de presentación de Fe y Luz al Papa Francisco

Santo Padre Francisco:

Estamos muy contentos de que esta mañana nos reciba a este pequeño grupo que representa a toda la familia internacional de Fe y Luz, con motivo de la celebración de nuestro 50 aniversario. Somos un movimiento formado por pequeñas comunidades cuyo corazón son las personas con una discapacidad mental, rodeadas de sus familias y de amigos. Hacemos nuestras las palabras de San Pablo a los Corintios: *“Dios ha escogido lo débil del mundo...”*. Y es que sabemos que las personas con cualquier tipo de discapacidad mental son un tesoro para la Iglesia y para la sociedad, que no se descubre con la primera mirada, sino que requiere de encuentro, cercanía y amistad. Las personas con una discapacidad mental tienen todos los derechos, y sobre todo, derecho a ser amada y aceptada tal y como es. Ellos son testigos privilegiados del amor de Dios hacia cada ser humano.

Fe y Luz, que está repartida por más de 90 países, nació a raíz de una peregrinación a Lourdes en la semana santa del año 1971, coordinada por Jean Vanier y Marie-Hélène Mathieu. Aquel acontecimiento marcó el inicio de la vida de nuestras comunidades. En el transcurso de estos años, son muchas las familias y los amigos que se han ido uniendo y también son muchos los retos que hemos ido viviendo y superando, desde la adaptación de los templos y otros lugares para una mayor accesibilidad, hasta la convicción de que las personas con una discapacidad, más allá de ser objeto de caridad o de lástima, tienen una vocación específica en la Iglesia.

En este tiempo, hemos ido consolidando nuestra misión y nuestra visión. Hemos sido testigos de historias de superación, de coraje, de amistad, de amor...

Y en todas, hemos visto reflejado el Amor de Dios de forma especial a las personas más frágiles y vulnerables. Junto a las personas con una discapacidad mental, vamos también aprendiendo a conocer nuestras propias discapacidades, que son muchas y variadas, y a aceptarlas mejor. Somos una familia ecuménica, en la que caben comunidades cristianas de cualquier tradición. Eso nos ayuda a conocernos y a querernos más.

Hoy nos enfrentamos a diferentes dificultades para nuestras comunidades: la pandemia está siendo una experiencia difícil para todos, pues nos limita nuestros deseos de encuentro presencial. También la realidad legislativa y moral de tantos países en los que la “cultura del descarte” hacia los más frágiles está tan presente. El envejecimiento sin renovación de muchas comunidades, las dificultades económicas en tantas familias y países, y finalmente, la cultura creciente de la desconfianza y del miedo, junto a la comodidad y la indiferencia, en la que las iniciativas comunitarias o asociativas son cada vez más minoritarias

Pero junto a estas dificultades, vivimos de forma muy especial la esperanza. Las comunidades de Fe y Luz son muy alegres y festivas. Sabemos que lo que parece un problema puede ser un don y una oportunidad: tan solo hay que mirarlo con los ojos de Dios. En Fe y Luz compartimos la fe y la celebramos, y cualquier excusa es buena para juntarnos y celebrar también la vida. No hacemos cosas para las personas con una discapacidad, sino que las hacemos junto a ellas. Nos tenemos unos a otros, pero, sobre todo, tenemos a Jesucristo, verdadero centro de nuestras comunidades. Sabemos que va en nuestra barca, como también lo hicieron los primeros discípulos de Jesús, aunque a veces nos dé la sensación de que duerme. En medio de la tormenta y la zozobra, Él está para decirnos que no tengamos miedo.

Sabemos que las comunidades de Fe y Luz no estamos llamadas a ser una solución a las dificultades de la discapacidad, sino que estamos llamados a ser signo. Signo de luz y esperanza en medio del mundo, en el contexto social, político y eclesial en el que vive cada comunidad. Ser testigos de la amistad con y en Jesús, porque muchas personas se sienten solas y no encuentran un lugar para ser reconocidas y acogidas. En esa aparente pobreza de lo que somos y hacemos, sabemos que está el Espíritu Santo que nos impulsa, nos anima y nos

llena el corazón de confianza, reafirmando nuestra misión. Y precisamente, siendo pequeños es más perceptible la grandeza del Señor.

Santo Padre: Necesitamos de sus ánimos, de su acogida y de su impulso. Aquí nos tiene, su Santidad, *“habla Señor que tu siervo escucha”*. Y en nombre de todas las comunidades de Fe y Luz de todo el mundo, le hago llegar un abrazo no grande, gigante, enorme... De esos que sólo nuestros amigos con una discapacidad mental saben dar. Gracias de corazón.

Raúl Izquierdo García
Coordinador internacional movimiento Fe y Luz